

otros, pero invariablemente al servicio de causas limpias de toda impureza y con direcciones espirituales o artísticas bien especificadas? Tanto en su existencia de modesto ciudadano como en la agitada de artista fecundo, expuesta a todas las caricias y tornados de la popularidad, ha sido siempre un ejemplo de consecuencia, de energía y de verdad, cualidades que exceden a las que se necesitan para aproximarlos, si no incluirlos, al clima propicio a todo temperamento de alto nivel. Sus telas, sus estudios de arte, sus actos, sus amores y hasta sus odios mismos —¿quién no los ha alimentado alguna vez?— y por los cuales ha apurado muchas amarguras y satisfacciones, son rasgos comunes de la actividad mística, como lo es el amor a la belleza, espiritual o simplemente plástica, innata en su ser, y que abre una senda que conduce a la realidad de lo inefable y perfecto. La labor investigadora paciente, constante, que ha realizado revolviendo archivos, escarbando en los periódicos de muchos años atrás, cavando siempre en la memoria del tiempo para arrancarle el dato preciso, ignorado, pero iluminador de toda verdadera biografía, ¿no recuerda la de aquellos inolvidables renacentistas, también místicos a su manera, Donatello y Brunelleschi, escultor admirable el uno, arquitecto máximo de su edad el segundo, que trajeados de obreros remueven el suelo de Roma en busca de tesoros artísticos —estatuas antiguas, construcciones subterráneas, decoraciones murales, alcantarillas que, según Michelet, hubieran podido dar ancho paso a los triunfos de César— y que después de esfuerzos infinitos y del total agotamiento de sus escasos recursos, han de contratarse para vivir y trabajar en un taller de joyería? Más afortunado que ellos, sin duda porque no ha gustado jamás las sensaciones del “buscador de tesoros”, y menos las del que los descubre, queriendo sólo ser, como lo es, un espíritu inquieto, enfermo de incertidumbres y sueños propios de las naturalezas poéticas, Laroche ambicionó desde sus primeros años, apenas familiarizado con el dibujo, y por espontáneo afán de mejoramiento y de cultura general, romper lanzas con el pincel y la pluma, según los trances lo exigieran, por el triunfo de ideales artísticos elevados, y sobre todo nacionales, bien cargados de sabor de la tierra, de su aire sutil o enervante, y bien nutridos de reflejos de su cielo, hondo y generoso de color y luminosidad. Desde la calma de su taller, donde fué forjando a fuerza de músculo y perseverancia su personalidad hoy consagrada de paisajista; desde el silencio de su gabinete del Museo Nacional de Bellas Artes, que favoreció y ensanchó su visión y concepto de la pintura y demás expresiones plásticas; y, por último, desde la Dirección del mismo Museo, a la que ascendió por razones de derecho y mérito —no por favores ni rebajamientos inconfesables— a causa del deceso, siempre lamentado, de aquel gran espíritu caballeresco y talento

vastísimo que fué Domingo Laporte —no apreciado en toda su integridad y grandeza, ni en vida ni después de muerto— se entregó con ahinco a la investigación de datos y elementos indispensables para la formación de una historia documentada del origen y desarrollo de las artes en la República, todavía sin escribirse. Buscó por ese conducto la forma de sacudir y estimular sin descanso el interés del público hacia todos los aspectos que, al impresionar su curiosidad, contribuyen a mejorarlo en el sentido de la atención, de la comprensión y de la devoción por los placeres estéticos, que no deben ser, ni son patrimonio particular de los escogidos. Consecuencia de este empeño noble y desinteresado es la serie de apuntes biográficos, referencias y monografías de algunos pintores y escultores nacionales y extranjeros ya fallecidos —representados en el Museo Nacional— que resurgen a nueva vida por su esfuerzo, por el cariño que puso siempre, mezclado con algo de la fiereza del que se desvela y lucha por intereses de sangre o de afectos muy íntimos, en defender la riqueza confiada a su cuidado, salvando también con ella del olvido y de la indiferencia la producción y los nombres de los que la formaron y entregaron al Estado para gloria de su cultura. Escritos con finalidad educativa, abundan, por necesidad pedagógica, en datos esenciales para destacar el volumen de los artistas citados y de algunas de sus creaciones, con lo que fija lo que yo llamaría el ciclo de la pintura clásica en el país, iniciado brillantemente con Juan Manuel Blanes y cerrado por hoy con Domingo Laporte y Carlos María Herrera, de recia contextura los dos. Aparentemente aisladas entre sí, sin conexión real, las monografías mantienen, sin embargo, el título que, el autor puso a cada una de ellas, sin otro objeto que el de guardar, dentro de su misma heterogeneidad, la armonía individual que las caracteriza, y que, con buen acierto, no ha querido modificar. La exactitud de las afirmaciones que contienen, fruto de la reflexión y convicción del artista, se robustece con las obras existentes de los pintores y escultores desaparecidos que han sido objeto de su estudio, abonadas todas ellas por la obra sólida y amplia del mismo escritor, de notoriedad firme, continuada durante muchísimos años de labor, de una labor ceñida a las más austeras disciplinas de la especulación intelectual, cultural y administrativa —como artista, como profesor y como administrador— y en cualquiera de cuyas trazas y actividades jamás libró a la improvisación ni a la impaciencia el éxito de su intento de despejar de sombras la ruta orientadora que sólo puede señalar la honradez de juicio y la experiencia adquirida a lo largo de una vida activa de pensamiento y de acción. Para juzgar a sus biografiados, y sus respectivos lienzos, esculturas, etc., que desfilan en desordenada disciplina por las páginas del volumen, Laroche se situó en la posición que adoptaría un técnico consciente para analizar y valorar, libre de antagonicas pasiones de tendencias y

escuelas, las obras u objetos que a su capacidad de juicio se ofrecieran. De ahí la precisión de su análisis y la equidad de su fallo, que, respaldados por antecedentes tan serios como la investigación directa, un contacto permanente con el Arte durante más de cuarenta años y los archivos oficiales existentes, son testimonios irrefutables que cimentan la solidez de su obra, y que la convierten en una de las fuentes más puras y destinada a prestar útiles servicios a todos los codiciosos del génesis, evolución y desarrollo de nuestras artes plásticas. El historiador de las mismas —ya que, vuelvo a repetirlo, la Historia está por escribirse todavía, pues no son muchos ni siempre acertados los ensayos que de tarde en tarde han surgido tímidamente— encontrará en estas monografías un aliciente poderoso para secundar tan encomiable ambición, cuya iniciativa nadie podrá disputar, sin embargo, al actual Director del Museo Nacional de Bellas Artes. Los elementos de trabajo sobran, y sobran los artistas que los prepararon con amor y sacrificio, y que con ellos adquirieron un derecho sagrado —que por su misma esencia cobra valor de desagravio y justicia— al recuerdo perenne y a la admiración agradecida de las generaciones que, en su inquietud perpetua, avanzan presurosas hacia la revelación de lo desconocido.

EDUARDO FERREIRA.

19 Junio, 1938.